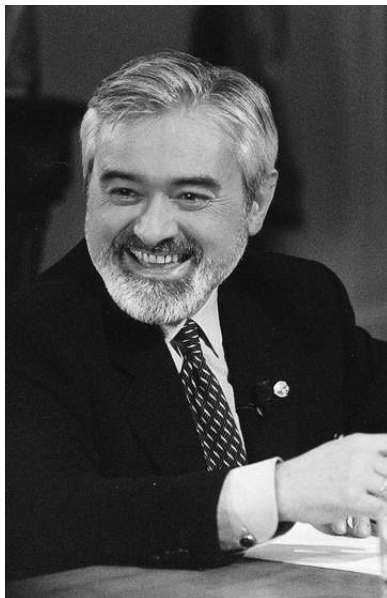


Pensamientos Fuertes: A Discussion on the Opposite Evolutions of Comparative Literature on both sides of the Atlantic

Interview conducted by FRÉDÉRIC CONROD
Creighton University

This year, we have the pleasure to celebrate the integration in the Spanish Royal Academy of Letters, of our editorial-board member Professor Darío Villanueva Prieto, former rector of the University of Santiago de Compostela and professor of Literary Theory and Comparative Literature. As part as the theme of *Enlightenment, Revolutions and Wars* our journal is offering this year, I interviewed Pr. Villanueva in his office in Santiago in order to collect his views on the current situation of literary studies, in Europe as well as in the United States, the future of the University as an institution and the need to work in the field of Franco-Iberian Studies. Our mission as a journal is also to establish bridges between European and North American approaches to literary studies, but it is at time difficult to establish this dialogue. Yet the collection of opinions from distinguished scholars can surely help us in this endeavour. We strive to offer a place of dialogue and will continue to conduct this type of interview in future volumes of *Transitions*.



Professor Darío Villanueva Prieto

¿Cómo se siente uno después de haber entrado en la Real Academia? ¿Cuáles son los proyectos en los que está trabajando?

Estoy muy satisfecho no sólo por lo que la Academia tiene de reconocimiento, de distinción, que es algo que en España la sociedad aprecia, sino también por la nueva etapa que ese lugar me abre. Sobre todo, me interesa la dimensión latino-americana porque la Real Academia forma parte de una misma Asociación con otras 21 academias de la lengua española de América y Filipinas. Así, todos los años, durante seis meses se trabaja en la RAE de Madrid para homologar los procedimientos de jóvenes lexicógrafos hispanoamericanos que vienen de quince países. Acabo de dar la conferencia de clausura de este curso sobre la Galaxia Gutenberg y la Galaxia Internet, y espero mantener a partir de ahora una relación más intensa con los países de Hispanoamérica. De todos modos, es una relación que ya viene de atrás y en la que siempre he obtenido grandes satisfacciones. Este año, en octubre, aparece en México un libro mío, el primero publicado allí por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Se titula *Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción*, editado además con unas ilustraciones hechas *ad hoc* por un magnífico dibujante, Gustavo Díaz Montañez. Esta dimensión latinoamericana me interesa especialmente en el trabajo académico porque veo que hoy en día el español y la cultura hispánica en general tienen un potencial enorme, pero es un potencial que pasa por la visión global de las cosas desde una comunidad fundamentalmente lingüística e histórica, incluso con todas las contradicciones que esto ha representado a lo largo del tiempo. La historia nunca es amable, siempre es contradictoria. El patrimonio común que significa la cultura hispánica en este momento de la llamada globalización es un hecho interesantísimo y desde la Academia Española, junto con las otras Academias, se tiene una perspectiva especial al respecto.

¿Percibe usted un futuro tan productivo en las relaciones académicas, literarias, artísticas o culturales que existen entre España y el resto de Europa, en particular entre la cultura española y la francesa?

La verdad es que las lenguas constituyen uno de los fundamentos inexcusables de las culturas, pero también son instrumentos que operan a otros niveles. Por ejemplo funcionan también en el plano diplomático, geopolítico y, por supuesto, económico. En este sentido, el español es una lengua que está en una situación expansiva por el número creciente de sus usuarios, aunque en el contexto europeo no somos obviamente la lengua más hablada. En Europa la lengua mayor es el alemán, y luego tanto el francés como el italiano y el inglés nos superan en número de hablantes. Pero viendo las cosas en su conjunto, el español es, después del inglés, la lengua que tiene una proyección más expansiva. Claro está que las cosas son, a este respecto, mucho más complejas y susceptibles de ser matizadas. Yo siempre digo –y es una frase chocante– que la segunda guerra mundial la ganó el inglés. Antes, la lengua predominante en el mundo científico de la física, de la biología y de la medicina era el alemán. Igual que la lengua diplomática era el francés. Y las cosas cambiaron por completo a raíz de aquella gran guerra.

Otra cosa es la dimensión literaria y cultural. En ello, la literatura en español ha estado siempre en debate con los movimientos transnacionales y translingüísticos. Quizás esto sea una de mis obsesiones, o mejor dicho, uno de los principios fundamentales que he aplicado en todo mi trabajo. Me considero un modesto comparatista, viniendo como vengo del estudio de la literatura española y de una licenciatura inicial de Filología Románica. Cuando yo estudié, ésta era una carrera muy exigente en la que nos enfrentábamos con todas las lenguas neolatinas. Luego me doctoré en Filología Hispánica.

Mis trabajos han sido de Teoría Literaria y de Comparatismo. Siempre he procurado interpretar los fenómenos y los hechos de la literatura española a la luz de la literatura europea, y luego de la universal. Uno de mis últimos libros se titula *Valle-Inclán, novelista del Modernismo*, y lo que intento en él es que se vea a Valle-Inclán como un escritor del *modernism* internacional, y no exclusivamente desde el modernismo que viene de Ruben Darío. Hace años, publiqué en la *Revue de Littérature Comparée* un artículo sobre Valle y Joyce: hay unas similitudes extraordinarias de tipo estético entre ambos, que analicé especialmente en *Ulysses* y *Luces de bohemia*. Me interesó en

particular la posición absolutamente periférica de cada uno de ellos en relación a la lengua metropolitana: Joyce como irlandés escribiendo en inglés, y Valle como gallego escribiendo en castellano. Creo que todo hay que interpretarlo a la manera eliotiana: la literatura es un *continuum* de simultaneidades en donde, por supuesto, la lengua configura específicamente cada literatura. Pero hay una *super-estructura* totalmente común que es la que proporcionan los movimientos, las escuelas, los estilos y las pulsiones estéticas para lo que no es necesario que haya influencias directas entre escritores.

Efectivamente, se puede pensar en una influencia de la literatura francesa sobre la española o viceversa. Se observa en la picaresca y el teatro del siglo de Oro de manera directa, y dándole la vuelta al argumento –ahora del francés al español–, nos encontraríamos que con el Romanticismo, el Naturalismo y el Simbolismo se produciría un fenómeno de retorno. Pero, para mí, comparar literaturas no es tanto un asunto de influencias genéticas, sino una cuestión de concomitancias, un concepto que destaco en mi libro *El polen de ideas* publicado en 1991. Esta expresión está tomada de William Faulkner y quiere decir que a veces las literaturas producen resultados muy parecidos sin que alguien influencie a una desde otra. Simplemente, los escritores, al vivir unas mismas circunstancias, un mismo espíritu de época, reaccionan de manera muy similar en sus literaturas respectivas, y el resultado son obras absolutamente equiparables hasta el extremo de que se pueda pensar que una ha influido sobre la otra sin que de modo alguno haya sido así.

¿Ha encontrado usted resistencia al ver el desarrollo no sólo de la literatura comparada sino también de teorías literarias derivadas del psicoanálisis y de la filosofía contemporánea de Derrida y Foucault que se usan en esta disciplina bastante joven aún para un sistema universitario europeo en vía de re-configuración?

Digamos, en primer lugar, que la literatura comparada es la última disciplina de los estudios literarios. Ya no podemos decir que sea muy joven. Las primeras cátedras de literatura comparada se crearon en Europa, fundamentalmente en Suiza y en Francia, a

mediados del siglo diecinueve. Los primeros postulados del comparatismo nacen precisamente como una reacción contra la exacerbación romántica del concepto de literatura nacional. La idea comparatista viene para frenar la ruptura de aquel sentido unitario de la Poética de los clásicos por la presencia emergente de las literaturas nacionales. Los comparatistas, desde el año 1833 aproximadamente, no quieren perder de vista que las literaturas están en contacto, están interactuando las unas con las otras. Mi gran amigo y maestro Claudio Guillén hablaba de una *hora francesa* y de una *hora americana* en la literatura comparada, hasta el extremo de que estas dos *horas* llegaron a parecer dos disciplinas casi distintas. La hora francesa, la germinal e inicial, es un comparatismo fundamentalmente historicista, genetista, de influencias de un autor sobre una literatura distinta a la suya. La hora americana es la que pone el énfasis en aspectos teóricos. Yo, por ejemplo, siendo europeo, me he sentido desde un principio mucho más identificado con la línea americana que con la línea francesa, porque veo una relación absolutamente íntima entre la Teoría Literaria y la Literatura Comparada.

De hecho, en relación a la pregunta, siendo rector de universidad, tuve la oportunidad—y con la suerte de poder aprovecharla—de lograr que por primera vez en la universidad española se reconociera la denominación de Teoría de Literatura y Literatura Comparada para lo que nosotros llamamos *área de conocimiento*, es decir, la denominación oficial de las distintas plazas de profesor. Por suerte, hoy en día ya tenemos en nuestros departamentos jóvenes profesores que tienen una formación absolutamente teórico-comparatista, cosa impensable hace unos años.

¿Se reconoce entonces como Departamento?

No habría problema para ello. Cada universidad puede organizar la estructura de sus estudios como quiera. Depende de los cursos que ofrezca y el número de profesores con que cuente cada área de conocimiento, pero la Literatura Comparada podría constituir un departamento independiente junto a la Teoría de la Literatura. En varias universidades lo hace, sin embargo, junto a la Literatura española.

Pero no existe una Licenciatura de Literatura Comparada.

Ha existido como lo que nosotros llamamos “Licenciatura de segundo ciclo” (dos años de estudios sobre un grado anterior de tres). De todos modos, yo no estoy totalmente seguro de que convenga su existencia por una razón: los estudios de Literatura Comparada, en mi criterio, no se ajustan a lo que es un grado. Son estudios mucho más desarrollados y por ello exigentes. Para hacer comparatismo, el estudiante tiene que saber varias lenguas. No vamos ni siquiera a llegar a la pretensión de que, como ocurría en la época dorada de la disciplina, se exijan diez idiomas, el famoso *dekaglotismus* del húngaro Hugo von Meltzl, que incluía también al islandés por su herencia épica. En el mundo actual, este concepto tendría que incluir, sin embargo, lenguas orientales. No se podría limitar a las lenguas europeas. El Comparatismo ha de tener receptividad hacia las culturas de Oriente y de África.

Para hacer Literatura Comparada, el profesor y el estudiante tienen que manejar por lo menos un mínimo de lenguas, incluyendo al latín y al griego para establecer esta conexión con los clásicos. Y luego, varias lenguas modernas. Esto es difícil encontrarlo en un estudiante de primer ciclo. El Comparatismo, por todo ello, creo que es un título de pos-grado. De hecho, la universidad de Santiago de Compostela fue la primera que lo hizo como título de doctorado, aprovechando estudiantes ya formados en los grados de las distintas literaturas, incluso algunos con más de una licenciatura, dentro de este sistema europeo que tiende a una cierta compartimentación de las filologías en relación a cada una de las lenguas. De todos modos, la literatura comparada siempre ha tenido un condicionamiento muy claro por causa de las circunstancias históricas de cada momento. Como ya mencionábamos, la disciplina nace en el siglo diecinueve como una reacción para frenar los nacionalismos literarios. Un momento muy favorable para ella fue el periodo de entre las dos guerras mundiales, porque al acabar la del 14, a partir de 1918 se produjo un sentimiento generalizado de que era necesario cultivar las relaciones entre los pueblos para evitar nuevos conflictos. Fue el momento en que aparecieron las primeras sociedades de literatura comparada en Europa.

Todo esto se frenó con la segunda guerra mundial, que tuvo a su vez efectos positivos y negativos. A raíz de esta contienda, los países del Este rompieron profundamente sus enlaces con los países occidentales y se asimilaron en exceso a la óptica de la Unión Soviética, en contra de lo que era una de las grandes virtudes del comparatismo antes de la segunda gran guerra. Sin embargo, es muy positivo todo lo que ocurrió con los Estados Unidos. R. J. Clements cuenta, en su conocido libro de 1978 sobre la Literatura Comparada como disciplina académica, que USA, al participar en la segunda guerra mundial, desarrolló sobremanera, en principio por razones estratégicas, el estudio de las lenguas extranjeras, y esto originó una notable apertura mental de los Estados Unidos hacia el conocimiento del resto del mundo. Gran parte de los exiliados europeos (republicanos españoles, judíos que escaparon del Holocausto, oponentes al nazismo o al estalinismo) acaban enseñando en USA. Thomas Mann o Vladimir Nabokov son ejemplo de ello, y por parte de los españoles, desde Américo Castro y Francisco Ayala hasta Jorge Guillén, Ramón J. Sender, Pedro Salinas y tantos otros nombres más. Éste fue un momento muy favorable para la Literatura Comparada.

Pero por otras razones podemos afirmar también que ahora mismo estamos en un momento propicio porque Europa está en un proceso de integración política interesantísima. Logros aparentemente instrumentales como el del Euro significa uno de los acontecimientos históricos más trascendentales que haya ocurrido en los tiempos. Pero Europa es, ante todo, una cultura. Su propio nombre no tiene origen geográfico o político, sino cultural: pura mitología. La necesidad de favorecer este desarrollo cultural común también beneficia a la Literatura Comparada. Por cierto, estamos en estos momentos intentando armonizar nuestros sistemas universitarios a través del famoso proyecto de Bolonia.

De su opinión sobre este controversial tema le iba a preguntar ahora mismo . . .

Es un proceso que veo de manera absolutamente positiva. Era yo rector cuando se firmó el acta de Bolonia, y allí estuvimos. No se trata de la privatización ni de la simplificación unidimensional en

términos puramente economicistas del sistema universitario europeo, tal y como, por desinformación o por manipulación, se quiere hacer ver desde determinadas instancias. Bolonia lo único que quiere conseguir es lo que ya teníamos en la Edad Media; es decir, que los estudios realizados en una universidad valgan automáticamente en cualquiera otra. En cierto modo, es como una especie de “parto de los montes”; mucho ruido y pocas nueces, mucha diatriba para conseguir volver a la situación de la época medieval, cuando un joven podía comenzar en Cracovia, seguir en Bolonia, pasar por Oxford, y terminar en Coimbra o Salamanca.

El modelo napoleónico de la universidad europea es completamente distinto al gran sistema liberal de los Estados Unidos, y vino a representar una fuerte ingerencia del Estado, de la República, sobre la autonomía de las Universidades predominante desde su fundación hasta entonces (Siglo XIX), estableciendo requisitos y procedimientos específicos de cada país para el reconocimiento de los títulos académicos. ¿Qué ocurre con todas esas diferencias?: que representan otras tantas trabas para la libre circulación de los universitarios de la UE. Pero, al margen de estos aspectos organizativos y burocráticos, en la medida en que nuestra educación superior esté coordinada, tendremos una magnífica oportunidad para favorecer el conocimiento del patrimonio común por parte de todos los jóvenes ciudadanos europeos, lo cual nos lleva inevitablemente a la Literatura Comparada como complemento del estudio de las literaturas nacionales. Ésta quizá sea, con todo, una aproximación muy optimista al asunto.

Sin embargo, no soy tan optimista con respecto a lo que fue un punto de referencia inexcusable para nosotros durante mucho tiempo: la situación en los Estados Unidos. Antes usted mencionó a Foucault y a Derrida. Estos dos pensadores no han tenido gran influencia en los estudios literarios europeos. En cambio, en USA su influencia ha sido extraordinaria. En Europa, la línea del pensamiento fuerte filológico se ha impuesto siempre. Nosotros hemos visto, incluso con cierta sorpresa, todo el desarrollo de la deconstrucción en los Estados Unidos a partir del pensamiento de Jacques Derrida, un filósofo, discípulo de Husserl, al que nosotros no consideramos especialmente aplicable a los estudios literarios, aparte de que el desarrollo de su pensamiento –no tanto por parte

del propio Derrida sino por quienes lo han interpretado allí— puede llevar hasta extremos extraordinariamente delicados, como es la negación del sentido. La deconstrucción ha contribuido así, según creo, a la destrucción de uno de los valores que el sistema de educación liberal norteamericano más apreciaba en la literatura: el valor propedéutico que los textos literarios poseen en un sentido estético, lingüístico, ideológico, ético e informativo.

La deconstrucción viene a decir que el texto es como un rebumbio o algarabía de ecos, que no hay voces auténticas detrás de los signos que la literatura proporciona, que no hay significado genuino en ella. Yo siempre me pregunto cómo es posible que un presidente de universidad norteamericana pueda apoyar de manera decidida un programa de estudios literarios en donde se está poniendo en cuestión el propio significado que tienen dichos estudios. Eso es tanto como tirar piedras contra nuestro propio tejado. La evolución de la deconstrucción ha llegado a una cierta disolución del valor inmanente y significativo de la literatura. Y de este modo, los administradores universitarios empiezan a perder su interés y su confianza en la dimensión formativa de la misma.

Por otra parte, no oculto mi convicción de que los estudios culturales han perjudicado considerablemente la consideración de la literatura en el sílabo académico. La literatura, de tener una posición central, ha pasado a tener una posición periférica, y el canon se ha cuestionado hasta extremos radicales. Por lo tanto, ya no hay consenso en lo que se debe de explicar. La cultura, como hoy se considera con la máxima amplitud de perspectivas, es un terreno prácticamente inabarcable. Los comparatistas sabemos muy bien que en la llamada “cultura” pueden entrar *todas* las manifestaciones creativas de *todos* los pueblos de *todas* las civilizaciones. Entonces, en este sentido, hoy, no es que estemos confusos. Creo que entendemos lo que está pasando. Pero a título personal, de diré que estoy muy reconciliado con Europa en cuanto a un ámbito favorable para el estudio de la literatura comparada. Mi postura está muy lejos del llamado eurocentrismo. Pero, ante la dificultad de dominar una Literatura Comparada verdaderamente global, asumamos la conveniencia pragmática de una “regionalización” de la misma, para desde ella —en mi caso, desde la “región” europea— abrirse a las otras regiones que nos sean menos conocidas.

¿Entonces, está usted de acuerdo con el argumento de Terry Eagleton en su libro *After Theory* (2004) cuando expone que la desintegración actual del aparato teórico norteamericano es debida a la falta de una fuerte base política y una ausencia de motivación por usar la literatura comparada como terreno de activismo? Si hoy ya no hay esta motivación que trajo el interés por la teoría, ¿qué va a salvar el estudio de la literatura en las universidades? ¿Qué soluciones podemos buscar para salvar este estudio?

Es un diagnóstico certero el que usted realiza aquí. Por cierto, Terry Eagleton ha recibido el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Santiago de Compostela siendo yo rector, y es una persona bien conocida y muy apreciada por nosotros.

Aquí tenemos que tomar en cuenta varios factores. Por un lado está esta dimensión política. Y por el otro está otra dimensión que es la propia evolución de la sociedad. El año pasado pronuncié en CUNY, en Brown University y en Temple University una conferencia que se va a publicar ahora en inglés y en español, y que trata de la situación de la literatura entre la galaxia Gutenberg y la galaxia Internet. Hay que reflexionar acerca de la auténtica revolución comunicativa y cultural que se ha producido desde el momento en que McLuhan, en su libro *La Galaxia Gutenberg* (1962), advierte que los medios de comunicación eléctrica (radio, cine, televisión, etc.) iban a acabar con el libro. Esta profecía no se ha cumplido, por cierto. Hoy se producen, se editan, se publican, se venden y se leen más libros que nunca antes en la historia de la Humanidad. El número de lectores y el número de escritores es infinitamente superior a cualquier otro momento. Pero sí es cierto que aquellos medios de comunicación están cambiando nuestra sensibilidad y nuestra percepción del entorno. No es lo mismo ver el mundo después de que exista el cine que antes. McLuhan murió en el 1980. Y él ya se da cuenta de lo que va a ocurrir con los ordenadores. En aquel momento no había Internet. El Internet que conocemos nace en el 1995. Estamos todavía en la fase aparentemente inicial de esta conectividad absoluta y de la globalización de la información. Entonces, allí está el problema: nosotros, profesores de literatura, no podemos meter la cabeza en el

agujero como el avestruz. Y los comparatistas tenemos que darnos cuenta de que los estudiantes ya nacen en la burbuja informática y digital. Yo nací en el 1950, y no había televisión en casa.

Umberto Eco en los años sesenta publicó su famoso libro *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Planteaba la cuestión de lo inviable de las posturas apocalípticas: o el mundo se desintegra definitivamente, o hay que integrarnos. Existe otro libro muy interesante de James O'Connor, latinista y vicerrector de servicios informáticos en Filadelfia, que se titula *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*. En este ensayo, se recuerda la preservación de la cultura clásica en la época medieval por obra de los monjes, frente a la amenaza de las invasiones bárbaras que la podían dejar en el olvido para siempre. O'Connor dice algo que suscribo: "Yo estudio el pasado, pero aspiro a vivir en el futuro". Todos los que estamos vivos queremos seguir viviendo. Por lo tanto, la admiración y el estudio de los clásicos no significa por mi parte que no quiera participar plenamente en la sociedad en la que estoy inmerso. No soy nada apocalíptico al respecto, soy absolutamente integrado. Las tecnologías cambian nuestras sensibilidades, pero estoy totalmente convencido de que la fuerza de la cultura y de la literatura va a continuar siendo un elemento fundamental de cara al futuro. Todo lo que ha sido el cuestionamiento y, muchas veces, la destrucción del canon es un muy mal indicio, sobre todo cuando se promueve desde la universidad. En el momento en el que la propia universidad rechaza este canon por razones de tipo ideológico para hacer revisionismo antiimperialista y ensalzar, con justicia, las culturas minoritarias creo que se incurre en una estrategia completamente equivocada.

Hay crisis de estudiantes en Humanidades, sí. Pero hay que ver las cosas en su conjunto. Cuando yo estudié Filología, en España había once universidades. Hoy en día hay en torno a ochenta, lo cual no es mucho en comparación con otros países, en particular EEUU. Ahora quizás puede aparecer que hay menos alumnos, pero no es así en términos absolutos, sino relativos: más centros de estudios y una concentración menor de universitarios en cada uno de ellos. En mi criterio, las universidades tienen que crear el conocimiento, pero al mismo tiempo tienen que preservar y difundir el conocimiento que existe. Eso vale tanto para las ciencias

experimentales o las tecnologías como para las humanidades. ¿Quién puede concebir una universidad importante, que merezca la denominación de tal, en donde no siga habiendo estudios clásicos de filología o de árabe, aunque haya pocos estudiantes? Si no se estudia esto en las universidades, no se va a estudiar en ningún sitio. Culturalmente se producirá una pérdida irreparable. En consecuencia, lo que yo no tengo absolutamente claro es que para recuperar estudiantes de Humanidades haya que ofrecerles algo que ponga en cuestionamiento la propia literatura. Muchas veces, los sílabos de estudios culturales minimizan totalmente la literatura, y de cierto modo la deconstruyen o la difuminan. Esto es contradictorio. Yo sería mucho más partidario de lo que en Europa estamos haciendo: concentrar recursos, pero mantener los estudios literarios como tales estudios literarios. Eso sí, abriéndolos a nuevos enfoques y perspectivas.

Por ejemplo, en el discurso de ingreso titulado “*El Quijote* antes del cinema” que pronuncié en la Real Academia en junio pasado destaco cómo la literatura aportó muchas sugerencias y muchos recursos narrativos que el cine luego aprovechó. Este año se ha publicado otro libro mío, que fue un curso que di en una cátedra especial de CUNY, que se titula *Imágenes de la ciudad: poesía y cine de Whitman a Lorca*. Es una obra de literatura comparada en un doble sentido: por un lado comparo la tradición poética norteamericana, que viene de Whitman, y la tradición francesa, que viene de Baudelaire con la tradición hispánica de José Martí, Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, García Lorca en lo que se refiere al tratamiento en poesía del tema de la ciudad, pero al tiempo analizo la presencia de ese mismo tema en el cine. Yo mismo he evolucionado en mi manera de enfocar los estudios a los que me he dedicado desde joven: estoy haciendo comparatismo entre literaturas y entre artes (literatura y cine). Nuevos cursos de este tipo tienen considerable éxito. Ahora, soy también profesor en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de mi Universidad, donde se están formando los que se van a dedicar profesional a la galaxia audio-visual. Allí les enseño un curso de “guión y adaptación cinematográfica”, que trata de cómo las obras literarias son llevadas al cine. En este sentido y en esta dirección tenemos la posibilidad de abrirnos hacia las nuevas generaciones para demostrarles que en la

literatura hay un potencial extraordinario de cara a la nueva sociedad de la información.

Los editores de *Transitions* hemos visto en los últimos tres años mucha incomprensión y tensiones entre los académicos norteamericanos y sus colegas europeos: la aproximación filológica se rechaza en EEUU y los universitarios europeos ven el análisis de tipo americano demasiado alejado del texto. ¿Piensa usted que una revista como *Transitions* pueda mantener su *raison d'être* entre estas guerrillas?

Las cosas son como usted ha dicho. El viaje que realicé el año pasado por Nueva Inglaterra hasta Filadelfia fue un *tour* muy emotivo para mí porque cumplía mis bodas de plata con mi primera visita a USA. En el 1982, viajé por dos meses por los Estados Unidos visitando más de veinte universidades, desde Amherst, Massachussets, hasta la Universidad de Colorado y varias universidades del Midwest. A lo largo de esos últimos 25 años he seguido viajando constantemente allí. He sido profesor visitante en la escuela de verano de Middlebury College, una institución muy prestigiosa; soy Doctor Honoris Causa por la Universidad de Colorado en Boulder. He estado en Harvard, Cornell, Brown, Davis, Berkeley, CUNY, Chicago, Cornell, Philadelphia, Lawrence (Kansas), Vassar, Nebraska, Oklahoma, Missouri, etc. Siempre he aprendido mucho de mis viajes. Por ejemplo, recuerdo que en aquel primer periplo de los 80, fue muy interesante para mí conocer la vertiente norteamericana de lo que en Europa llamamos “Estética de la recepción”: el “Reader Response Criticism”. Resultó enormemente ilustrativo para mí contrastar ambas perspectivas de una misma actitud hacia la lectura, que después del formalismo estructuralista le concedía un papel determinante a la recepción del lector.

Sin embargo, las cosas hay que decirlas tal y cómo uno las ve. Ahora creo hay una quiebra mucho más profunda de la que había antes entre las dos orillas del Atlántico. Antes los departamentos tenían profesores procedentes de Europa que contribuían a mantener planteamientos muy similares entre los estudios literarios de sus países de procedencia y lo que se hacía en USA. Eso ahora

ya no es exactamente así, en parte porque aquella gente se ha jubilado o ha muerto. Hay una nueva generación profesoral y luego, sobre todo, está la presión ideológica y social del momento. En los últimos años, he seguido siendo muy bien tratado en América, y mis aportaciones han sido apreciadas en muchos aspectos. Pero he encontrado que hay una especie de muro de incompreensión que aflora en el momento en que a los europeos se nos considera como unos filólogos rancios y nosotros correspondemos valorando que lo que se hace allí nos resulta confundidor, porque al mismo tiempo que abarca muchas cosas interesantes, no profundiza sistemáticamente lo que sería de desear en ninguna. Europa no ha digerido la deconstrucción. Vamos, no es que no lo haya digerido sino que Derrida no ha contado en los estudios literarios nunca.

Una revista como *Transitions* en primer lugar hace muy bien en advertir que se produce este hecho. Luego, estoy convencido de que siempre existirán puntos de interconexión. Por muy divergentes que hayan sido las líneas que han seguido en los últimos veinte años estos estudios a un lado y al otro lado del Atlántico, eso no quiere decir que no sigamos manteniendo líneas de contacto, que son las que hay que cultivar. Por ejemplo, ya sabe usted que una de las teorías que define la pos-modernidad es la del *pensiero debole* o *pensamiento débil*, que contrasta con la cultura de los grandes sistemas de interpretación, aquellas ideologías fuertes que tanto influyeron en el conocimiento. Nosotros consideramos que la deconstrucción es un síntoma clarísimo de *pensiero debole*. En el momento del mayor éxito americano de Derrida, en Europa se estaba desarrollando lo que los alemanes llaman *die empirische Literaturwissenschaft*, o teoría empírica de la literatura. Nuestra universidad de Santiago de Compostela fue una de las pioneras en el desarrollo de los estudios empíricos de literatura en España. No estudiamos la literatura exclusivamente como una creación individual –lo cual nos parece una manera idealista de enfocarla–, sino que para nosotros la literatura es un complejo de acciones sociales en donde intervienen una serie de operaciones que implican al conjunto de la sociedad en donde se produce la creación individual. Pero junto a ella, que por supuesto es el origen de todo lo literario, también está la mediación importantísima de la censura, de la crítica, de la recepción, de la interpretación y luego, incluso,

del pos-procesado, es decir, la transformación de las obras literarias en nuevas creaciones derivadas de ellas.

Esto, para nosotros, es *pensamiento fuerte*. Los resultados de este enfoque de lo literario son, en nuestro criterio, mucho más concretos, mucho más productivos, mucho más iluminadores que los resultados de la deconstrucción. Inevitablemente vemos la deconstrucción como un pensamiento débil, y a lo mejor estamos equivocados, no lo sé. Entre nosotros, los estudios culturales no están teniendo tanto éxito, a pesar de que Europa, en muchos otros aspectos, es profundamente mimética de los Estados Unidos. Aunque los estudios culturales tengan un origen europeo –los críticos materialistas y neohistoricistas británicos–, no han tenido aquí el mismo éxito. En este sentido, tenía razón Rumsfeld cuando criticó a la “vieja Europa”, pero ser viejo también es cuestión de experiencia. Las universidades europeas son seculares y, en este sentido, son muy frías acerca de las innovaciones radicales. Nuestra filología, sin embargo, puede asumirlo todo. Yo, filólogo, estoy haciendo estudios de cine y literatura, y no pasa nada, todo lo contrario. Hay renovado interés por parte de los estudiantes.

¿Cree usted que los estudios literarios norteamericanos son el reflejo de la necesidad de EEUU de buscar disciplinas propias donde se pueda reflejar como joven cultura, de manera un poco narcisista pero útil dentro de su proceso de formación cultural?

Estoy en contra de que de manera implícita se proponga sistemáticamente que las mismas pautas europeas son de aplicación absoluta e incondicionada en el caso de EEUU o de América Latina. Y eso no puede ser así. Es el Nuevo Mundo, y tiene una composición social pluriétnica y multicultural. En algunos casos, esta composición nace de unidades que vienen de Europa. Por ejemplo, una ciudad que admiro profundamente, Buenos Aires, es una metrópolis medio-italiana y medio gallego-española, con otras minorías, por supuesto, y una personalidad propia inconfundible. Pero al continente americano también llega mucha gente de la otra ribera, no la de Europa, sino la de Asia. En este sentido, Asia es el Occidente de EEUU y Europa su Oriente; todo es relativo, ¿no?

Todo tiene su razón de ser. Europa, en este sentido, está vacunada ante determinados fenómenos como los que hemos comentado, porque Europa es Europa y EEUU es EEUU, con su cultura originaria y las varias olas de inmigración que ha conocido. Gran número de los que han sido perjudicados en sus países por razones económicas o políticas han encontrado su futuro en los EEUU, como tierra de la promesa y de las posibilidades.

Para acabar le quería hacer dos preguntas cortas. ¿Hay un autor francés que le ha influido más que el resto del canon? ¿Hay temas que le gustaría ver en futuros números de nuestra revista?

Tengo una cultura francófila. Cuando era niño no estudiábamos inglés en España. Entonces, aparte del español y el gallego, la primera lengua viva en la que me zambullí fue el francés. Puede parecer una exageración, pero garantizo que es absolutamente cierto lo que ahora le confieso. La primera emoción estética que recibí leyendo un texto; es decir, mi descubrimiento de la literatura, se produjo con Lamartine, concretamente con su poema “Le lac”. Luego, por supuesto, he contextualizado la figura de este escritor. No es un autor que esté en la palestra de mis consideraciones preferentes hoy por hoy, pero siendo un niño, leyendo “Le lac” pensé “eso es literatura”.

La literatura francesa la he podido leer mucho y en original. Claro que después mis preferencias fueron en otras direcciones. Flaubert me parece un escritor de primera magnitud. Yo he hecho mis estudios de *génétique textuelle* a raíz de los trabajos que empezaron a publicarse en Francia sobre los *Cahiers de Travail* del autor de *Madame Bovary*. De Flaubert me lo he leído todo: la creación, el epistolario y también los papeles sueltos que dan razón de la génesis de su obra. En poesía, me ha interesado especialmente toda la tradición que arranca de Baudelaire y que llega a Valéry. Y luego, por supuesto también, Marcel Proust, porque he estudiado bastante la renovación de la novela en el siglo XX. Gide, menos. Y hay otro autor cuya lectura casi le confieso igualmente como una debilidad, pero que me ha interesado muchísimo y lo he leído ampliamente: Jules Romains, el creador

del unanimismo. Creo que fue un escritor que tuvo la intuición de que la literatura tenía que responder al carácter masivo de la sociedad industrial, aunque su estilo de escritura pareciera bastante convencional. Tengo una gran admiración por la cultura francesa, no sólo por supuesto en lo literario, sino también en lo musical, en lo pictórico, en lo cinematográfico y en lo arquitectónico, en términos generales.

En cuanto a los temas de *Transitions*, todos los que estén en la agenda que hemos mencionado aquí, pero especialmente los que puedan favorecer los lazos de comprensión recíproca entre los estudios culturales norteamericanos y los estudios literarios y filológicos que perviven en Europa. Hemos de minimizar las diferencias entre la perspectiva absolutamente amplia, anticanónica, reivindicativa que tienen los estudios culturales, y la perspectiva de mantener un principio de referencia a valores estético-ideológico-filosófico-culturales, que es lo que nosotros hacemos con nuestros estudios literarios. En Europa no nos sentimos con fuerzas para romper con el canon. Estamos dispuestos a revisarlo continuamente, por supuesto. Pero un Shakespeare es un Shakespeare, algo inamovible. Encontramos en él la fuente de la explicación de la condición humana. Yo no llego al extremo de Harold Bloom que dice que Shakespeare inventó la condición humana. Sin embargo, creo que la explica en un grado que todavía no ha sido superado.

Semejante es el caso de Cervantes. En mi discurso de la Real Academia, coloco a Shakespeare y a Cervantes en una misma categoría, incluso también en cuanto precursores de las técnicas cinematográficas. Pero esto que digo, para un inglés o para un español, vale igual para todas las figuras literarias europeas y del resto del mundo. Lo que Shakespeare ilumina en la condición humana es algo que no se puede negar. Quizás en este sentido, la literatura francesa, que es una literatura de una riqueza extraordinaria, no tenga una figura singular unitaria tan potente como pueda ser un Shakespeare o un Cervantes, que son "autores solos" que lo iluminan todo. La literatura francesa es una literatura de un cuerpo mucho más nutrido, pero quizás si nos dicen que seleccionemos solo un nombre de la literatura francesa no seamos capaces de quedarnos solamente con uno. Se nos ocurren varios, pero no *el nombre*.

Se dice, sin embargo, que el inglés es la lengua de Shakespeare, el español la de Cervantes, y el francés la de Molière . . .

Si, pero Molière no obtuvo esa misma capacidad expansiva e interpretativa de valoración universal. Harold Bloom ha publicado un libro hace dos años donde estudia a los autores fundamentales de lo que llama la *literatura sapiencial*, es decir la literatura dotada de un gran contenido, de auténtico “pensamiento fuerte”. Dedicó un capítulo a Shakespeare/Cervantes. Por primera vez les sitúa a los dos exactamente en un mismo nivel. Él dice que las grandes figuras de Shakespeare son grandes solitarios, son arquetipos de la condición humana, pero definidos de manera un tanto aislacionista. Son auténticos solipsistas que se expresan a través de cumplidos monólogos. En cambio, Cervantes, en *El Quijote*, construye sus personajes no en la soledad sino en el diálogo. *El Quijote* es una novela fundamentalmente dialogada; entonces, los personajes están continuamente interaccionando con los demás. Y eso Harold Bloom lo ve como un valor positivo de Miguel de Cervantes en comparación con William Shakespeare.